SL93606_El mercader de la muerte.indd 1 18/2/20 12:18

SL93606_El mercader de la muerte.indd 2 18/2/20 12:18

El mercader de la muerte

SL93606_El mercader de la muerte.indd 3 18/2/20 12:18

SL93606_El mercader de la muerte.indd 4 18/2/20 12:18

Gervasio Posadas

El mercader de la muerte

SL93606_El mercader de la muerte.indd 5 18/2/20 12:18

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®

Primera edición: abril de 2020

© Gervasio Posadas, 2020
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9129-360-6
Depósito legal: B-4147-2020

Impreso en Rodesa, Villatuerta (Navarra)

S L 9 3 6 0 6

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Aunque quede feo, este libro quiero dedicármelo a mí; por los años, las noches, las vacaciones y los fines de semana en los que me ha hecho sufrir casi tanto como disfrutar.

SL93606_El mercader de la muerte.indd 8 18/2/20 12:18

«Los destinos de las naciones eran su deporte; el movimiento de tropas y los asuntos de los gobiernos, su pasión. Buscando la guerra, este misterioso personaje recorría la torturada Europa».

LORD BEAVERBROOK, político y periodista británico

«Pides su partida de nacimiento, ¡ay! Un incendio destruyó el registro de la iglesia. Buscas un documento sobre él en los archivos; la carpeta aparece, pero está vacía».

ROBERT NEUMANN, *Zaharoff, el rey del armamento*

«Desmentida la muerte de *sir* Basil Zaharoff. Una vez más, como tantas otras, la noticia del fallecimiento del hombre más misterioso del mundo resulta ser falsa. Se le ha visto esta mañana almorzando en el Hotel de París de Montecarlo».

The New York Times, 29 de junio de 1933

SL93606_El mercader de la muerte.indd 10 18/2/20 12:18

Introducción

Cuando era pequeño, la afición de mi familia por los libros de Tintín nos llevaba a mis hermanas y a mí a organizar concursos de preguntas y respuestas sobre las aventuras del pequeño reportero belga. A medida que pasaba el tiempo, las preguntas se volvían más y más difíciles, hasta llegar a los nombres de personajes que apenas aparecían en un puñado de viñetas. Uno de estos figurantes era Basil Bazaroff, un traficante de armas que aparecía en *La oreja rota* y que vendía armas al mismo tiempo a la república de San Theodoros y al vecino estado de Nuevo Rico. Después, durante muchos años olvidé completamente su existencia.

Como la inspiración aparece en los lugares que menos esperas, recientemente empecé a releer a Tintín y me encontré de nuevo con este personaje. La curiosidad me llevó a Google y a descubrir que Bazaroff era el trasunto poco disimulado de Basil Zaharoff, una figura ahora olvidada de la que apenas existen media docena de fotografías, pero de enorme trascen-

SL93606_El mercader de la muerte.indd 11 18/2/20 12:18

dencia, especialmente en los primeros años del siglo XX. Por si fuera poco para despertar mi interés, la vida del llamado millonario más misterioso del mundo estaba llena de aventuras imposibles, anécdotas sin verificar y conspiraciones ocultas de todo tipo, el terreno perfecto para la fabulación. Sin embargo, esta novela no pretende ser solo un retrato del más célebre de los mercaderes de la muerte de la época, sino también reflejar el estado de ánimo de la Europa de entreguerras, un continente que aún sufría el trauma de la Primera Guerra Mundial, que se debatía entre quienes querían impedir un nuevo conflicto a toda costa y quienes creían que solo las armas arreglarían las injusticias del Tratado de Paz de Versalles. Por ese motivo, junto a Zaharoff aparecen otros personajes que estuvieron próximos a él o que son representativos de aquella época. Si se toman la molestia en comprobarlo, verán que los espías, timadores, asesinos, mayordomos, porteros de hotel o miembros de la realeza que figuran en esta novela aparecen en los libros de historia, bien como protagonistas, bien como simples notas a pie de página. A todos ellos he intentado dar vida sin traicionar la que creo que debía de ser su esencia para narrar una trama que en sus elementos principales también está basada en hechos reales.

SL93606_El mercader de la muerte.indd 12 18/2/20 12:18

Primera parte

SL93606_El mercader de la muerte.indd 14 18/2/20 12:18

I

Los primeros rayos iluminaban la bahía de Mónaco. Sobre las aguas tranquilas de la mañana, distinguí un cuerpo flotando entre los veleros amarrados en esa parte del puerto. Un par de hombres, utilizando un bichero, intentaban sacarlo del agua. A pesar de llevar toda la noche despierto, la curiosidad me empujó a acercarme para ver qué pasaba. Un tipo grande, con un buen traje que no disimulaba su aspecto de policía o detective privado, me cortó el paso.

—*S'il vous plais, monsieur, pas votre affaire* —dijo con corrección, pero con firmeza, mientras me indicaba que siguiera mi camino.

Hice amago de obedecer y retrocedí. Cuando mi interlocutor giró la cabeza, entré en el siguiente pantalán, desde donde, oculto por los barcos, podía observar bastante bien la escena. Los dos individuos del bichero acababan de sacar del agua un cuerpo. Parecía un hombre de mediana edad, gordo, con la cara marcada de viruela, vestido con un esmoquin, o al menos

SL93606_El mercader de la muerte.indd 15 18/2/20 12:18

un traje oscuro. Y claramente estaba muerto. Los tipos, sin mucha consideración, revisaron los bolsillos del cadáver. Encontraron la cartera, pero me dio la sensación de que, en vez de sacar nada, metían unos cuantos billetes en ella. Luego volvieron a tirar el cuerpo al agua, se sacudieron las manos y se dirigieron hacia la salida del puerto como si tal cosa. Estupefacto, no supe qué hacer. ¿Qué significaba aquello? ¿En vez de buscar documentación o dinero le dejan una propina al fiambre?

—*Vous inquietez pas, monsieur, c'est normal ici* —dijo una voz a mi espalda en un francés rasposo con acento italiano. Me di la vuelta y vi a un hombre de pelo blanco que, con la colilla de un cigarrillo en el extremo de la boca, recogía un cabo entre el codo y la mano—. Son empleados del casino. Ya sabe la mala publicidad que dan los suicidas a su negocio. En cuanto sale una noticia así en los periódicos franceses empiezan los de siempre a lamentarse de lo malo que es el juego, de cómo arruina a los hombres más sensatos, cómo los empuja a la muerte. Por eso los del casino están siempre pendientes; cuando aparece un cuerpo se las apañan para llegar antes que la policía y llenarle de billetes los bolsillos. Ya sabe, ¡ningún jugador se suicida si todavía le quedan aunque sea cinco francos en la cartera! —exclamó con una carcajada sorda. Le interrumpió un ataque de tos, soltó un esputo que cayó en el agua y luego volvió a sonreír con su dentadura incompleta—: *Bienvenue a Monte-Carlo!* Como dirían en el casino: «*Ici la maison gagne toujours!*», ¡la banca siempre gana!

Rien ne va plus. Sin embargo, no había ido a Mónaco a apostar a la ruleta, sino a jugarme mi futuro.

Mientras aún le daba vueltas al episodio que acababa de presenciar, busqué una pensión barata cerca del puerto y me di

SL93606_El mercader de la muerte.indd 16 18/2/20 12:18

cuenta de que muchas todavía no habían abierto. El otoño era un periodo muerto entre el verano, cada vez más de moda gracias a las excentricidades de los turistas americanos, los primeros en empezar a adorar al sol, y la tradicional temporada de invierno, la de toda la vida en la Riviera, según las crónicas de sociedad. Finalmente encontré una que debía de estar cerca del mercado, a juzgar por el olor a pescado que llenaba la recepción.

—*José Ortega, espagnol, journaliste* —dijo el propietario mientras sostenía a la altura de los ojos la ficha de registro y la observaba a través de sus viejos quevedos—. Ya que se trata de un huésped distinguido, ¿le gustaría disfrutar de nuestra suite con vistas? Son solo unos francos más.

Las vistas resultaron ser a un callejón donde los gatos se disputaban los restos de la mercancía que tiraban los del mercado. Entre dos edificios se podía entrever una muy estrecha franja del azul del Mediterráneo. El tratamiento a los clientes de las presuntas suites también incluía un buen café au lait y un cruasán en el comedor de la pensión y «una selección de prensa internacional», un montón de periódicos atrasados que debían de haber dejado otros huéspedes.

Entre ellos encontré lo que casi me pareció un lujo insólito: un *ABC* de la semana anterior, del 5 de octubre de 1933. Hacía mucho que no leía prensa española y me lancé sobre las páginas con avidez: un editorial advirtiendo del peligro de la secesión de Cataluña; rumores de disolución de las Cortes y convocatoria de nuevas elecciones; las fiestas de Albacete y Antequera; también una entrevista con Herman Goering, la mano derecha de Hitler. «El alemán es un pueblo pacífico, nadie en el mundo dudará de que queremos mantener la paz a toda costa». Las palabras sonaban bien, pero al mismo tiempo los nazis anunciaban que se retirarían de la Liga de las

SL93606_El mercader de la muerte.indd 17 18/2/20 12:18

Naciones y de la conferencia mundial de desarme. Desde que había salido de Berlín hacía seis meses, intentaba no enterarme demasiado de lo que pasaba allí. Aún dolían demasiado los recuerdos.

Tomé unas vacaciones y, como no tenía ganas de volver a España con el rabo entre las piernas, pasé el verano en la granja de unos parientes de mi madre cerca de Lyon, reverdeciendo el francés de la escuela. Cuando quise enterarme, me había quedado sin trabajo: «Pepe. Stop. De momento no tenemos hueco para ti. Stop. Ya sabes cómo están las cosas por aquí. Stop. Te avisaré para trabajos puntuales. Stop». Veinticinco palabras exactas, para no pasarse al tramo superior de tarifa de los telegramas, menudo cabrón el redactor jefe de *El Heraldo.* De corresponsal en Berlín a desempleado. Mi carrera de periodista, que nunca había acabado de despegar del todo, pasaba, en el mejor de los casos, al purgatorio. Sin embargo, ahora que había perdido una oportunidad caída del cielo que no valoré en su momento, estaba decidido a luchar por continuar en mi profesión.

Revisé el *ABC* de arriba abajo, pero no conseguí encontrar ni rastro de la noticia que me había traído hasta allí. Había leído en la prensa francesa que Alfonso XIII se encontraba pasando unos días en Montecarlo y sabía que si lograba una entrevista, o al menos unas palabras, del rey destronado —que llevaba meses sin hablar con ningún medio—, volverían a contar conmigo, ya fuera en *El Heraldo* o cualquier otro periódico de renombre. Por ese motivo, había viajado toda la noche en tren desde Lyon, esperando que mi presa no levantara el vuelo antes de mi llegada. Estaba apostando mi futuro a una sola carta, no me quedaba más remedio.

—¿Ha venido usted a jugar? —preguntó el dueño de la pensión; y sin esperar se respondió a sí mismo—: Por supues-

SL93606_El mercader de la muerte.indd 18 18/2/20 12:18

to, es a lo que vienen todos aquí, los ricos y los pobres, los emperadores y los plebeyos. Todos menos los ciudadanos de Mónaco, que lo tenemos prohibido por ley —dijo con un guiño.

Parecía un contrasentido que un Estado que se financiaba con el juego se lo prohibiera a sus ciudadanos, pero no me interesaban mucho las timbas, las apuestas ni ninguna de esas cosas. No obstante, resultaba lógico empezar la búsqueda de don Alfonso por el casino. ¿Qué otra cosa podía hacer en Montecarlo en esa época del año?

—Si le gusta la ruleta, le aconsejo la mesa dos y la seis. Según me ha contado un amigo crupier, son las que más ganadores dan. Y hoy es día doce; dos por seis, doce. —El dueño de la pensión parecía empeñado en enseñarme las matemáticas del juego—. Y el doce va justo antes del trece. A mucha gente le gusta el número.

12 de octubre, día de la Virgen del Pilar. El santo de mi madre. A lo mejor me traía suerte.

—Recuerde, doce, par y rojo.

SL93606_El mercader de la muerte.indd 19 18/2/20 12:18